

Hoy, entre los momentos de frivolidad y ridiculez que corremos, recordemos a los que forjaron la espada triunfadora de la Patria, y no solo a los grandes, sino a los desconocidos.

Ellos, hicieron a Chile. Redimamos la gran injusticia de la historia, y nombremos sus lustres y glorias, con esa admiración y ese fer-

vor, con la que todo chileno recuerda a sus grandes.

Tenemos una tradición gloriosa: la más grandiosa de América. Nuestro blasón está libre de hipocresías y de conquistas de dinero y sonrisas, conque otros países, deshonraron a América. Recordémosla.

¡Esa es chilenidad!...



EL MONTON DE ESCOMBROS

CARLOS FIGUEROA S.
Primer Premio:
"Cuentos y Leyendas"
A. L.

—¡Pedroo!

Una voz dolorida salió desde adentro de la casucha, una de esas que hay a lo largo de la vía férrea.

—¡Pedroooo! Repitió apremiante la misma voz, que ya parecía extinguirse.

Atisbando anheloso al lado de la vía la curva por la cual aparecería en breve el largo desfile del convoy. Pedro Becerra, balanceaba acompasadamente la banderilla verde.

—¡Ya voy! Ya...

Pero su voz fué ahogada por el repentino silbido con que se anunciaba la descomunal hilera que pasó serpenteando por su lado. Al perder de vista el último coche, corrió, con el trapo flameando aún, hacia el lecho de la enferma y desde la puerta, al ver su cara, pudo darse cuenta del sufrimiento.

—Mañana, en el de las 9, pasa el compadre, él puede llevarte al hospital. Después yo te iría a ver.

—¿Pero cómo me llevarás hasta Los Quilayes? ¿Cómo podría ir hasta allí?

El reflexionó un momento y luego expuso su plan a la enferma: Detendría el tren con la bandera de peligro, y le explicaría el caso al conductor... No sería tan inhumano que de-

jara a su mujercita, así, sin recursos. Sería sólo algunos minutos y su compadre se la llevaría al hospital. La idea confusa y consoladora del hospital, soñada en tantas noches de sufrimientos, se le presentaba ahora hecha una esperanza.

—¿No te parece, María? — la interrogó como para terminar de convencerse.

Con paso de sonámbulo y meditando caminaba Pedro, la mañana siguiente, haciendo su diaria inspección de la vía. Sí, lo haría; estaba decidido. De pronto al llegar a una curva violenta de la vía, un montón de escombros le interceptó el paso. ¡Un derrumbe! Reflexionó un momento cuál sería la causa y luego sus ojos se iluminaron con un espontáneo sentimiento de alegría. ¡Ah! La Providencia lo ayudaba. El tren pasaría dentro de una hora, y, aprovecharía...

Volvió a la casita donde su mujer se quejaba lastimosamente.

—María, oye, los santos nos han oído. Hay que parar el tren por fuerza! Un accidente en la vía. Te voy a arreglar.

Mientras vestía a su mujer, meditaba su explicación al conductor:

—Señor, le diría, mi mujer está enferma.

Un tumor, le duele mucho, ¿podría aprovechar de llevarla? Se imaginó al hombre ceñudo, con la mirada sin sentimientos. Pero habría que atreverse.

Vestida ya la llevó al corredor y mientras la sentaba en el escaño, oyó el silbido de la locomotora y cogiendo la banderilla lacre y algunas herramientas corrió por la vía hasta más allá del derrumbe. En una vuelta, visible desde lejos, desenrolló el trapo polvoriento y cuando asomó el penacho gris del tren, blandió al viento la roja señal.

Un rechinchar de fierros y a unos 15 metros vió aparecer, debajo de la gorra galeonada, los lentes inquisidores del conductor, y después en las ventanillas, las caras alarmadas de los pasajeros. Se acercó al conductor y le informó:

—Un derrumbe, señor, en la línea, aquí a la vuelta. Estuvieron sacando lastre y yo creo que habrá quedado la tierra suelta. Con unos pocos hombres se puede echar a un lado. Traje unas palas para botar la tierra.

—Vamos allá, dijo el conductor y emprendió la marcha seguido de algunos pasajeros a quienes después de observar un momento, tranquilizó diciéndoles:

—Es poca cosa, caballeros, quince minutos y listo. Es raro, añadió, que haya sucedido esto, tendré que informar.

Empezaron a trabajar en el despeje de la vía y Pedro recitaba su discurso, mentalmente

e iba a decírselo al conductor cuando una idea repentina y avizora le vino a su mente. "Es raro... tendré que informar", le parecía ir encontrando malignidad a las palabras de su superior. Fué considerando el caso y se limpió el sudor mientras pensaba que quizás, el accidente parecería sospechoso cuando le pidiera que dejasen subir a su mujer. Su lengua se encogió temerosa; sí, era sospechoso y su mujercita tan buena y tan trabajadora, estaba allí, esperando que fuese a buscarla.

Al ver que habían terminado se encaminó el conductor hacia el tren. Al verle alejarse, Pedro hizo un esfuerzo supremo y con voz débil logró articular:

—Señor, yo...

Fué en vano: las palabras ansiosas por salir se replegaban tímidas y atropelladas. No podía hablar, la saliva se le pegaba, trabajosamente, al paladar.

Poco a poco su rostro se fué inmovilizando. Con la lengua como petrificada vió subir las borrosas siluetas del conductor y de los pasajeros a los departamentos y sólo el pitazo imperativo de la locomotora lo hizo recobrar su lucidez; el tren empezó a alejarse lentamente como si quisiera darle su última oportunidad, pero ya era tarde y Pedro Barrera sólo escuchó, ahí, en la casita, una voz quejar-se lastimosamente:

—Pedro, llévame luego al tren.

